



Delfina Acosta

Romancero de mi pueblo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Delfina Acosta

Romancero de mi pueblo

Dedicado a Hugo Rodríguez-Alcalá

A manera de prólogo

Este Romancero de mi pueblo podría titularse con estricta exactitud Romancero de Villeta porque Delfina Acosta, oriunda de Villeta es profundamente villetana y se contenta con aludir a Villeta, no al país ni a otras realidades connotadas por la palabra pueblo. Pero le suena bien el título de Romancero de mi pueblo y por eso lo ha elegido.

La casa, la antigua casa de los Acosta, es una casa blanca de largo corredor frontal de fornidos pilares, muy colonial, muy paraguaya, hoy en proceso de reparación. Esta casa evoca tiempos largamente abolidos, tiene un vasto solar poblado de árboles altísimos, entre los que descuellan añosos samuhús de troncos de grandes espinas, en un bosque de eucaliptos, de guayabos, de mangos y hasta de un tupido tacuaral. Tan densos son los follajes, que el sol apenas puede colarse entre ellos y llegar hasta la tierra con disminuido calor, aún en pleno verano.

Esta casa está situada en un barrio tan antiguo o más que ella, por cuya calle Delfina, desde muy niña, ha visto pasar gente inolvidable.

Por ejemplo, «La chismosa del pueblo»:

Asomada a su balcón

doña Lariel -quién diría-
más de cien años pasó
viendo el trajín de la villa. [8]
La novia, blanca, venía
con su escotado vestido.

.....
¡Jamás mujer tan hermosa
yendo a su boda yo he visto

O «Don Nicanor»:

Con sus magníficos trajes
de pana como de lino
paseaba por la placita

Don Nicanor los domingos.
Las mozas por él morían:
¡Aquel paladar postizo
de oro que le brillaba
del uno al otro carrillo,
lo hacía tan codiciado,
tan excelente partido!

.....
Amado por tantas mozas
de renombrado apellido
él siete veces juraba
«¡soltero, jamás marido!»

Con tanta fantasía como caricatural ironía Delfina escribe sobre gente rara de Villeta; gente que inventa o retrata con la materia difusa de recuerdos infantiles. Por ejemplo: [9]

«La mujer barbuda»
Sentada frente al espejo,
que tiene luz de bombillo,
ña Rosa se está afeitando
la barba con un cuchillo...

Hay otros muchos personajes de carne y hueso en los romances de Delfina, y otros fantasmales como un pora y el pombero. Y no falta uno dedicado a un marica, romance a que puso como epígrafe Delfina un par de versos de Nicanor Parra: / Si los maricones volaran / no se podría ver el sol./:

Francisquito se llamaba.
Y su apellido era Rivas.
Suspiraban las mozuelas
con verde melancolía
al verlo andar poseído
por una idea prohibida...

Este romancero y otros muchos romances han sido compuestos durante los meses de este año. Y durante meses, todas las mañanas un poco después de las 8, exceptuando los domingos, la prolífica Delfina me ha llamado por teléfono: [10]

-¿Puedo leerte un nuevo romance?

-Claro que sí; encantado.

Y así me fue leyendo poema tras poema. Era grato conversar sobre dactílicos, trocaicos y mixtos, sobre el tecnicismo de la versificación -arte que hoy muchos sedicentes poetas desdeñan. Y claro está, sobre los temas que iba diariamente desarrollando. Mis opiniones críticas a menudo tuvieron por objeto sugerir a Delfina que fuera, digamos, menos

«surrelista»; que su vuelo imaginativo no se perdiera entre nubes. Y solía recordarle lo que Amado Alonso llama «poetas clásicos de cualquier tiempo». Estos poetas de cualquier tiempo o escuela poética, son los que llevan «por igual el ideal de perfección a todos los aspectos del poema. Ellos ostentan la sazón de la forma en el sentimiento, en la intuición en la realidad representada, en el pensamiento racional, en la ordenación del poema, en la construcción sintáctica, en la significación y poder sugestivo de las palabras y en el gobierno del material sonoro... La forma típicamente clásica resulta del exacto equilibrio de todas las formas parciales».

Este equilibrio solía yo aconsejar a esta poetisa nacida no lejos de la época de los «desequilibrios» vanguardistas.

El lector apreciará en estos poemas «el sabio gobierno del material sonoro y esa sazón de la forma, en el sentimiento, en la intuición y lo que [11] Amado Alonso llama ese «equilibrio» en las diversas formas que constituyen la totalidad de una composición poética.

Las dotes de Delfina Acosta como poetisa ya tienen varios años de valioso ejercicio. Cuando hace exactamente diez años envié ejemplares de mi libro *Poetas y prosistas paraguayos* y otros breves ensayos a amigos residentes en España, en México, en Estados Unidos, más de un lector, (lector-poeta y avezado crítico), como por ejemplo Emilio Barón Palma, me escribió en estos o parecidos términos: «Me has dejado con ganas de conocer la obra de Delfina Acosta, cuyo último poemario comentas en tu libro». Y Delfina Acosta fue con Lucy Mendonca de Spinzi, las dos únicas autoras que entre una veintena de escritores paraguayos y algunos extranjeros inspiraron el nombrado libro; las únicas que despertaron la susodicha curiosidad. Quisiera dar fin a este breve prólogo agregándole un broche no de oro sino de otro metal no tan valioso. Y para ello transcribiré un «Perfil de Delfina Acosta de Pertile», trazado en 1987:

Delfina Acosta viene de Villeta,
hermoso pueblo a orillas de un gran río.
Toda erizada de algas la melena,
recién salida del azul fuente, [12]

ella sigue fluyendo con su río
y es un río de música y reflejos.

No ha abandonado su celeste reino
y el agua está en sus ojos y en sus manos.

Antes había náyades, nereidas
y había ondinas y otras muchas diosas.

Delfina, que es mujer, no habita el río:
el río sí la habita y dondequiera

que ella se encuentre el río pasa suave

por ella y sobre ella y dice cosas
que le gusta decir a camalotes
y a los peces profundos y a las costas
donde dormitan plácidos caimanes
o duermen sueños de torpor de piedra.
Cuando Delfina duerme el río sale
de su pecho y suscita un remolino
para que esta mujer oiga secretos
y luego cante con su voz acuática
algún aria fluvial en cuyas notas [13]
hay cielos reflejados, hay bandadas
de pájaros salvajes que los cruzan...
Delfina, Mujer -río, Mujer- canto,
es la patria de agua, la que corre
en pos de inmensidades al Atlántico
Hugo Rodríguez-Alcalá

[14] [15]

Personajes villetanos

[16] [17]

La solterona

Porque las niñas se casan
vestidas de canutillos,
hágase ajuar de mentira
con ramillete de espinos
para la novia Manuela, 5
que no tiene prometido.
Los años le van pasando
como otoños repetidos
que deshojan sus mejillas
y dejan sus labios fríos. 10
Sentada en sillón de mimbre
cose y descose un vestido.

Sentada se va su vida.
Cosiendo se va lo mismo.
Encomendó a San Antonio 15
treinta años ha, su destino,
y se quedó prometida
a la ocasión que no vino.
Hay en sus ojos oscuros
relumbre de mucho filo 20
cuando se acuesta en el lecho
con el corsé desprendido.
Su cuerpo a veces florece
como rosal del estío
y un viento verde entreabre 25
su camisón amarillo. [18]
Pero Manuela ¡qué pena
tus dos capullos caídos
y el beso bajo la luna
que nunca pudo haber sido! 30
Si alguien la quiso, quién sabe,
mas el perfume del pino
bajando sobre su cuerpo
dejó un lunar en su ombligo.
¡Es mentira! ¡La quisieron! 35
¡Es verdad! ¡Nadie la quiso!
Un hombre dijo en el pueblo
la mentira de un cumplido
cuando la vio por la calle,
y el otro añadió un silbido. 40
Porque las niñas se casan
con sus secretos vestidos,
violetas, guantes, carmín
y nacarados anillos,
que se abroche un traje rojo, 45
en rococó parisino,
para la novia Manuela,
que no tiene prometido. [19]

La loca del viento norte
L. M. todavía deambula
por las calles de Villeta
La loca del viento norte
espejo pide en las calles.
En sus pupilas hay fuego
de ramas secas que arden.
Los niños corren al verla 5
al pollerón de sus madres

y perros en ronda negra
hostiles muestran sus fauces
Hermosa ha sido. Que sepan.
Y más hermosa que nadie. 10
Igual a la margarita
de algún ojal fue su talle.
Perdió la cordura un día:
«Su señoría, llamadme»,
a los bueyeros dio orden, 15
y a las burreras del valle.
Llevando siempre jadeo
la ven pasar por las calles
mis ojos, y pena extraña
me quita también el aire. 20
Hermosa ha sido. Que sepan.
Y más hermosa que nadie.
Su alteza ya va por agua.
Y le abre paso la tarde. [20]

La chismosa del pueblo
Asomada a su balcón,
doña Lariel -¡quién diría!
más de cien años pasó
viendo el trajín de la villa.
Con el ojo de su gata, 5
que es también tuerta y maldita,
ella hace un guiño a su perro
que su favor solicita
tendiéndose ya a sus pies
para entibiar su barriga. 10
Felino y ama se largan
a devorar las intrigas
que dan pie a los nuevos chismes
con que amanece la villa.
No hay goce mayor para ella 15
que averiguar de la vida
de las mujeres que engañan
a sus maridos maricas
con besos empalagosos
pegados a otras mejillas. 20
Si va cayendo la tarde
sobre la plaza de orquídeas
observa ella toda anteojos
los flirteos de las niñas. [21]
«Satanás», su gata en celo, 25
mujer, fulana y arpía,

le dice como en susurro:
«Rosario Ascarza está encinta»,
y entonces doña Lariel,
riendo desde las tripas, 30
repite así en el balcón:
«¡Avemaría purísima!» [22]

El tesoro del Mariscal Francisco Solano López

Doña Leria está pasmada.
El pora con gallardía
y rango de Mariscal
le cuenta de noche y día
que está escondido el tesoro 5
debajo de su cocina;
mejor, bajo el centro mismo
de aquella arqueada viga
donde sacuden el polvo
lagartos, ratas y hormigas. 10
Mas cuando duda ña Leria
un nuevo antojo la anima;
a un paso del jazminero
-no de las sombras esquivas
de aquellos sauces llorosos- 15
donde las hojas transpiran,
intuye que las alhajas
están muy bien escondidas.
Con pala y también azada
remueve la tierra huidiza 20
en busca de la esmeralda,
el ónix y el amatista.
El Mariscal le asegura
que el cofre está en la cocina;
ña Leria cree que un perro 25
lo vela sentado encima. [23]
Con truenos o luna roja
buscando el oro ella silba.
Mas cuenta un grillo a otro grillo,
el grillo a la golondrina, 30
y la golondrina a un loro,
que morirá sin ser rica. [24]

La novia viene a caballo
Fue un veintisiete de mayo
del año sesenta y cinco.
La novia, blanca, venía

con su escotado vestido.
Montaba un negro caballo 5
que dio un peligroso brinco
emparejando cabeza
con otro del monaguillo
para dejar rezagado
al potro de su marido. 10
Jinetes de recia estampa
lanzaban al viento tiros
de sus lustrosos revólveres
amedrentando a un mendigo
que confundía a la novia 15
con la madona en el limbo.
Algún disparo con arma
fue de ladrido en ladrido
de perros que no cedían
el paso a aquel recorrido 20
de los caballos ansiosos
de zambullirse en el río.
Fue un veintisiete de mayo
del año sesenta y cinco
¡Jamás mujer tan hermosa 25
yendo a su boda yo he visto! [25]

El mariquita

Si los maricones volaran,
no se podría ver el sol.
Nicanor Parra
Francisquito se llamaba.
Y su apellido era Rivas.
Suspiraban las mozuelas
con verde melancolía
al verlo andar poseído 5
por una idea prohibida.
Contaban que Francisquito,
que de blanco se vestía,
iba detrás del capullo
de alguna rosa amarilla 10
para llevarlo en el pecho
y semejarse a una espina.
Frisaba los treinta años,
más de quince parecía
con su talle de amapola 15
al que cerraba una hebilla.
Su larga mano enguantada,
adiós, diez veces, decía

-si se asomaba al balcón-
a la lejana cuadrilla 20
de los robustos hacheros [26]
que al monte, alegres, subían.
Azules eran sus ojos.
Y su mirada de niña.
Deshojaba, deshojaba, 25
de su patio en una esquina,
al apagarse las tardes,
las últimas margaritas.
«Me quiere, no, no me quiere,
me quiso, no me quería...» 30 [27]

Don Nicanor

Con sus magníficos trajes
de pana como de lino
paseaba por la placita
don Nicanor los domingos.
Las mozas por él morían: 5
¡aquel paladar postizo
de oro que le brillaba
del uno al otro carrillo
lo hacía tan codiciado,
tan excelente partido! 10
Las damas del viejo pueblo
buscando en él prometido
cartas de amor le mandaban
con corazón de cupido.
Ya lo trataban de «usted», 15
ya de palomo o de mirlo
que con sus dientes de oro
al pan tenía cautivo
así como a algún querer
por él no correspondido. 20
Amado por tantas mozas
de renombrado apellido
él siete veces juraba:
«¡soltero, jamás marido!»
Mas qué tramposos besaban 25
sus treinta dientes postizos [28]

Don Solari

No se sabe en qué cajón
tenía el oro escondido,
don Solari, italiano,

ricachón, también judío,
huraño y, peor, soltero 5
de ochenta años y pico.
En su almacén sin letrero
los fermentados tocinos
níquel por níquel vendía
al pordiosero y al sirio. 10
Avaro como hubo pocos
cenaba solo un mordisco
de un pan que rendir solía
como el pescado, no el vino
con que brindaba en silencio 15
bajo la luz de un bombillo.
Nadie sabe cuántos fueron,
si dos o tres forajidos,
los que entraron por su techo
en una noche de estío. 20
La cama al revés pusieron
buscando el oro escondido
y al no encontrarlo cortaron
sus dedos de diez anillos.
Pasaron ya treinta años 25 [29]
de aquel oscuro homicidio.
El ánima de Solari
de noche lanza quejidos.
Los perros que comen luna
lo espantan con un gruñido. 30 [30]

La mujer barbuda
Sentada frente al espejo,
que tiene luz de bombillo,
ña Rosa se está afeitando
la barba con un cuchillo.
Ya quisiera ella tener 5
en su rostro tan curtido
la frescura de las dalias,
la tersura de los lirios
que de afeites sólo usan
dos gotitas de rocío. 10
Qué presto crece su barba
sin detenerse hasta el río.
Se suma allí a la corriente
que lava a los cocodrilos.
En un día y una noche 15
su pelo es de nuevo ovillo,
donde los peines de nácar,

un diente pierden por rizo.
¡Quién la besara una noche
y le dijera al oído 20
que sus mejillas producen
cosquillas de culantrillo!
¡Si de sus senos bebiera
un hombre haciéndose niño!
Entonces ella creería 25
que tiembla en el aire un trino. [31]

Carminia

Vestida con guardapolvos
la tonta ríe al espejo
mientras la observa, tristón,
desde una esquina su perro.
En sus anteojos titila 5
el brillo de aquel espejo.
No hay moños que la hermoseen,
ni quien le suelte un consejo.
Con prisa va hacia el mercado;
allí la aguardan los berros 10
que compra muy diligente
contando un níquel por dedo.
Con prisa vuelve a la casa
de dos enormes aleros
en donde alisa su sombra 15
algún torcido gomero.
Recorre siempre afanosa
las cuatro postas del pueblo.
Sus alpargatas le prestan
las alas de un benteveo. 20
«Carminia, no te enamores,
vete a la esquina primero»,
las niñas gritan en coro.
La tonta ya está corriendo. [32]

El tonto

El tonto, marcial, se cuadra,
si escucha tañidos blancos
de las campanas del templo
que lanzan al cielo pájaros.
San Pedro no le intimida; 5
sí mira al crucificado
en silencioso respeto
y hecho varón de calvario

con su corbata de lino,
sus encogidos zapatos. 10
El tonto huele a lavanda.
Su corazón a naranjos.
El cura párroco extiende
su bendición a un borracho
mientras el viento sacude 15
las cuerdas del campanario.
Ya santiguados los fieles,
desandan el viejo atajo
del caserón donde aguardan
los perros junto a los gatos. 20
El tonto custodia el templo
cerrado con dos candados;
también mendiga a la puerta;
no llega a treinta centavos
aquella limosna avara 25
que le ha tendido un cristiano. [33]

Romances tristes

[34] [35]

El perro

El perro de medio rabo
se inclina sobre la liebre
caída bajo el relámpago
del hacha que le dio muerte.
Pero muy pronto se anima 5
con la abundancia caliente
de cerdos que la matrona
dispone en rojo banquete
sobre unas mesas de cedro
a las que llegan manteles. 10
Y olvida el charco de sangre
donde la liebre está inerte.
Y mira el cielo sin nubes
que en paz azul resplandece.
En la ocasión se celebra 15
con buen humor, lo de siempre:
cosechas afortunadas
que ha dado el clima en diciembre.
El perro husmea la carne
que el capataz ya le ofrece 20
y se recuesta en el pasto
con una presa entre dientes.
Entonces recuerda el hecho:
fue degollada la liebre.

¡Ay, vértigo repentino 25
que náusea también parece! [36]

El ahogado
Al niño Ambrosito Lugo,
ahogado en el río de Villeta.
«Cuidado niño travieso.
No juegues con camalotes»,
se lo advertían las olas
que lavan los caracoles.

Huidiza arena caliente 5
vestida de verde y rojo.

«Pero las aguas qué tibias
y qué suaves los bordes»,
el niño rubio decía
desde la proa del bote. 10

Soledades del paisaje
perdido en vuelo de pájaros.

Y lo arrastraron las aguas.
Y nunca se supo a dónde.
Tan sólo un botón de nácar 15 [37]
un caracol trajo a flote.

Silencio de nubarrones
clavado en el cielo oscuro.

Lo desvistieron los juncos
en la ribera del norte. 20
Pintó su rostro la luna
con congelados carbones.

Cuchillos de siete dientes
abren el pecho a un cangrejo.

Mi niño, yo te lo dije, 25
mi niño, te di una orden.
Mas tú quisiste ese día
jugar con los camalotes.

La alegría es de los nardos.
La desgracia es de los pobres. 30

«Si te asomaras de nuevo»,
le tientan los horizontes.
Va río abajo la barca.
Se pone ya el sol de cobre. [38]

Los leprosos

Los leprosos olvidados,
en las orillas del río,
se van cubriendo de arena,
se van cubriendo de frío.
Rosas morenas les brotan 5
de los capullos malignos
de su carne donde el viento
-desenvainado cuchillo
que hace caer los limones-
dejando fue un resoplido. 10
Los leprosos, bien lo saben,
que los geranios son tibios,
las magnolias beben lluvia
y las dalias pasan frío.
Se acomodan como pueden 15
en aquel regazo limpio
de la luna que les presta
de vez en cuando su abrigo.
¡Qué lentas pasan sus noches
en tanto tiritita el río 20
y los perros en las rocas
apuntan largos aullidos!
Yo daría por sus rosas,
y a cuenta de otro capricho.
mis níqueles bien ahorrados 25
y aquel querer que no ha sido. [39]

Las cuatro estaciones de la rosa

Llegó en carroza de oro
la primavera aquel día
y la rosa abriendo fue
una a una sus mejillas.
¡Ay, había que mirarla! 5
¡Qué bien sus galas lucía!
Como un frasco con perfume
francés a veces olía.
Sus pétalos de satén
largas perlas sostenían, 10
y un picaflor del condado

la cortejaba y se iba.
Fue sólo casualidad
que el clavel en una esquina
del jardín su flor abriera 15
con alhajas también finas.
¡Quién podía compararse
con la rosa en la alquería!
El viento aquel del verano
arrancaba las orquillas 20
del rosal tan solitario
peinando sólo a la orquídea.
Y aquella pálida rosa
de una rama suspendida
iba perdiendo su aroma 25
al tiempo que se moría.
(La apariencia de la flor
era entonces ya sencilla).
Llamó el otoño a la puerta
de esa mujer aterida 30
de frío en rincón sombrío;
debajo de su mantilla [40]
estaba la desnudez,
la pobreza en carne viva.
Fue inclemente el viento sur 35
con sus gastadas mejillas
que caíanse del rostro
y después eran barridas.
Dios, qué crudo fue el invierno.
La rosa estaba en la esquina 40
envuelta con un rebozo,
¡anciana y también mendiga! [41]

El gato
Era un gato de ojos verdes
que a mi planta se tendía
en las tardes invernales
abrigándome la vida.
Sujetaba yo con faja 5
de franela su barriga;
ay, las gatas lo tildaban
en los techos de marica.
Escuchábamos a veces
los suspiros de la encina, 10
que al oído nos contaba
lo que ayer tuvo por dicha.
Nuestras tardes eran simples:

él llegaba hasta una esquina
y los perros le ladraban 15
con maldad desde otra esquina;
en la vuelta a una manzana
se jugaba él siete vidas;
yo al crochet me sujetaba
como al níspero la orquídea. 20
Un filete de pescado
su menú de cada día.
Un aroma de jazmín
pues a mí me componía.
Se apagó sencillamente 25
el minino siendo chispa.

¿Adónde se van los gatos
cuando fallecen, María? [42]

Palomo y Tristán

Palomo y Tristán arrastran
la carreta lentamente.
Rechinan las grandes ruedas
tiradas por ambos bueyes,
que en yunta también se irán 5
cuando les coja la muerte.
Un niño cruel los guía
hacia las tablas del muelle,
y un perro negro los sigue
mientras ladra, mientras muerde, 10
pretendiendo aligerar
aquella picada verde.
Palomo y Tristán enfrían
sus belfos en una fuente
donde cayó el cuerpo blanco 15
de alguna flor de septiembre.
Ya llegará la carreta
forzada, penosamente,
entre otras tantas carretas
que bajan del occidente, 20
a su destino común,
en punto, para las siete.
El niño cruel castiga,
con el látigo, seis veces,
a las bestias mientras grita 25
doble amenaza de muerte.
¡Pero esta pena cansina
de mi pecho hasta mi frente!

¡Y aquel angosto camino
que lleva a los tristes bueyes! 30 [43]

El pájaro en su jaula
No es la cuchara de plata
ni el tenedor de aluminio
los que roza la matrona
al lavar los utensilios.
Es el canto de un canario, 5
que dice yo ya no vivo,
quiero volver a aquel monte
donde he dejado mis trinos.
Y sube su larga nota
hasta el cielo verdecido 10
y allí libre permanece
mientras él sigue cautivo
en alta jaula pendiente
de la rama gris de un pino.
Quien lo invitara a una fuga 15
que reclama trino a trino.
Quien recogiera las penas
que se caen de su pico.
Un gato hambriento lo mira
fijamente bajo el pino 20
presumiendo que al comerlo
ha de saciar su apetito.
La muerte si los visita
no cambiará sus destinos.
El infierno aguarda al gato 25
y al pájaro el paraíso. [44]

No se oye verso ni trino
La casa se irá a caer
cualquiera de estos domingos.
El sauce que le da sombra
le presta también abrigo.
Fue de los Zarza-Gutiérrez, 5
después de Santiago Aquino,
hasta que Ofelia Pelayo
por ella dio doce anillos.
La casa de altas paredes
pasó por tantos caprichos: 10
desde un color verde oscuro
a un mamarracho amarillo.
En sus ruinosos aleros

las víboras hacen nidos.
Junto a su aljibe ya seco 15
no se oye verso ni trino.
Un perro de enormes ojos
desde el portón mira fijo
al gallo de la veleta
pintado de azul marino. 20
Y se pregunta ese perro
qué sucedió con el niño
con quien alegre jugaba
debajo del tamarindo.
La tierra del camposanto, 25
que huele a manto de lirios,
en colcha se ha transformado
y cubre ahora al buen niño.
Y tan juiciosa, su madre [45]
¿fue ayer cuando ha enloquecido?; 30
no presta atención alguna
a su insistente ladrido.
La casa se viene abajo
limada por tantos grillos.
Las damas que van a misa 35
arrancan de sus postigos
jazmines de blanco aroma;
no dicen: «¿puedo?» «permiso...»
La viga cruje a la siesta,
y el perro, inquieto, da aviso. 40
Su dueña tiene los ojos
clavados en el vacío.
Ya sube y baja, la dama,
las escaleras del limbo,
mientras aspira el perfume 45
con el veneno prohibido
que le convidan las dalias,
los juncos y los espinos.
La casa se viene abajo.
Ofelia mece a un minino. 50
Su frente caliente besa
un ángel de aliento frío. [46]

La fecha en el árbol
Fue por el mes de las flores.
Abrieron con un cuchillo
el tronco de un palo santo
dejando un corazoncito
allí, María Giménez 5

y Eladio Gómez Castillo.
El árbol curó la herida
que marca después se hizo
de un corazón desigual.
¡Ay, corazón de cuchillo! 10
Ya la pareja olvidó
-lavándose en largo río-
aquella tarde caliente
con besos por dentro tibios.
El palo santo aún recuerda 15
en medio de tantos trinos
la fecha de aquel encuentro
grabada hace medio siglo.
Y al duraznero pregunta
qué de los novios se hizo, 20
qué de los rubios amantes
que usáronle de testigo.
Y el duraznero responde:
«nadie lo sabe hermanito».
Su historia es la de otros árboles: 25
corteza fue de un capricho.
Hormigas rojas bordean
la fecha que junta olvido. [47]

Romances Personales

[48] [49]

La hora

He de morir en Villeta
una mañana de estío,
con saludable semblante,
como se mueren los mirlos.
Al revolver las cenizas 5
de algún deseo prohibido
(volver a clavar los ojos
en esos que yo he querido)
un ángel remojará
mis labios secos con vino. 10
Junté cabellera blanca
y un chal por cada vestido
para el momento aguardado
que llegará sin aviso.
He de morir en Villeta 15
como se mueren los mirlos
bebiendo todo el vinagre
que no acabó Jesucristo.
Tan parecida a mi madre.

Tan parecida a mi hijo. 20
La lluvia no cesará
desde la casa hasta el río.
Me guardarán entre chales
para llevarme un domingo
a loma sin flor alguna, 25
ni cruz que indique mi sitio. [50]

Alma

Mirar no más a la Virgen
de nacarado rosario,
después cerrar ya los ojos
en un azul relicario.
Soplar no más una vez 5
la flor de tonto desmayo
y los jazmines que aroman
las altas verjas del patio.
Besar no más una vez
las copas del viejo armario 10
brindando con el querer
que allí han dejado otros labios.
Morder no más una vez
un verdecido durazno
del huerto al que ya han barrido 15
inviernos como veranos.
Tocar no más una vez
la nota dulce de antaño
en blanca y en negra tecla
de aquel piano olvidado. 20
Sentir no más una vez
la muerte de los geranios
que hace enviudar a las rosas
y envía al cielo un canario [51]

Pero me río

No es el lamento del sauce,
no son las quejas del pino,
tampoco es el duraznero
que trae un largo silbido
lo que me causa esta pena 5
pese a la cual yo sonrío.
Mi madre, qué llanto negro,
pero me río, me río.
Con su sotana va el cura,
y atrás, descalzo, el gentío, 10

con paso de romería,
se lleva a cuestras el Cristo.
Yo lloro, lloré por algo
sin conocer el motivo.
A veces soy ave suelta 15
que picotazos da al vidrio.
Respira, madre, el aroma
que esparce el agua del pino.
Ay, apartar ambas puertas,
e ir corriendo hasta el río. 20
Mas qué cordura la tuya
y qué locuras yo digo.
La lluvia levanta vuelo.
No queda en pie un solo trino. [52]

La rosa ausente
Hay chirimoyos, morales
y nísperos en mi patio.
También hay perfumes nuevos,
que cortan, muy afilados,
en dos mitades perfectas, 5
las frutas de mi manzano.
La lluvia del sur visita
a mis jardines goteando
del limonero fragante
así como de los pájaros. 10
«No hay rosa en este lugar»,
le dice el pino al naranjo,
deshojándose de risa
con sus dientes alargados.
No me bastan los jazmines 15
de delantal aromado,
ni la violeta que cabe
en la palma de mi mano.
Mi Virgen, quiero una rosa
para llevarla a un costado 20
del corazón que se muda
por dos quererres extraños.
Una rosa como niña
que esté quieta en el regazo
de las señoras hortensias 25
que florecen en mi patio.
Yo quiero una rosa roja,
que se toque como el raso,
para rozarla sin verla [53]
en el último verano. 30

¡Mi corazón por su aroma!
¡Y mis ojos por su garbo! [54]

Mariposa

Mariposa que das vueltas
en torno al fuego encendido,
tus alas lavan el aire
dejando fresco el recinto.
No quiero apagar la vela 5
que se desveló conmigo;
su llama, a veces, muy roja.
parpadea en el pabilo,
y en vano tú la abanicas
ahora que ha amanecido. 10
Si de lejos vienes, niña,
yo vengo de donde vivo,
que no es casa ni palacio,
es la prisión de un mendigo.
He aspirado la fragancia 15
de la flor desde mi altillo
y ese aroma se repite
las veces que se oye un trino.
¡Cómo cuesta al corazón
encontrar a su suspiro 20
habiendo tanto desorden
pues se perdió de su anillo
la boda que han celebrado
anoche el alma y el vino!
Mariposa de hierba fresca, 25
de tan lejano camino,
yo voy a dejar mi pueblo
volando tras tu destino. [55]

Luz de vela

Criatura pálida y frágil,
que en torno a la vela giras;
detén el vuelo un instante,
¿por qué tu alocada prisa?
Aprende de mí, muy lenta, 5
a un lado voy de la vida,
llevando sólo un paraguas
y una ligera valija.
Caduca ya en el pabilo
aquella vela encendida 10
mas tomas tú el ajetreo

de mantenerla con vida.
¿Qué pensamiento febril
te eleva o te inmoviliza?
Tus alas pequeñas cierras; 15
alguna melancolía
con beso muy frío toca
apenas sí mi mejilla.
Tus alas pequeñas abres;
mayor aún mi apatía 20
bostezo bajo el naranjo
que deja la tarde umbría.
Muy largas, tus patas guardan
un resto de mantequilla.
Das asco, mas tu figura 25
bañada en luz me hipnotiza.
No son los varios colores
de tu pequeña mantilla,
ni aquellos ojos cual brasas
que la candela reaviva. 30 [56]
Es ese verde recuerdo
traído de alguna villa
en tu equipaje ligero
que cargas como una niña.
Estaba por escribir 35
algunos versos con rima.
«Eran las noches muy frescas
al pie de aquellas colinas».
Y luego te vi, y tu abdomen
hizo mi idea mezquina. 40
Si te guardara en un vaso,
mañana te morirías.
Encuentra tú noble muerte
en esa llama divina.
Un mismo terror nos une: 45
es la cadencia aburrida
de la existencia que pasa
y vuelve nada la vida.
De mi alma a la hoja bajan
algunos versos con rima. 50
Al pecho moja la lluvia
y al corazón la llovizna. [57]

Entonces

Aquel rosal de mi madre
cincuenta rosas tenía.
Sus flores, rojas, alegres,

al diablo y Dios persuadían:
«Señor, tu gracia queremos. 5
Tus agujones, mandinga».
¿Y las pequeñas violetas?
Pues sí, corteses crecían,
pero tal vez no muy sanas;
no se elevaban altivas 10
desde sus frágiles tallos;
un sacudón, una brisa,
un viento sur las ajaba
como la mueca a la risa.
De aquel fecundo rosal 15
recuerdo que cierto día
corriendo tras una perra
mi falda quedó prendida.
Como la liebre en la trampa
caí en la hierba amarilla. 20
No fue mayor accidente...;
muy tontas, las margaritas,
cuchicheaban al sauce:
«la perra jaló a la niña».
Al muro con cal blanqueado 25
miraban tres santarritas.
Las flores por Dios tocadas
sólo entre yuyos crecían;
mas, castas, en el balcón, [58]
formaban ramos las lilas. 30
Se me volvió diario vicio
romper a las margaritas;
tironearlas, a veces;
su resistencia ofrecida
me suplicaba juicio, 35
¡pero yo era tan niña!
Cosa de ver esos pétalos
dispersos sobre las vías
del tren que entonces mi hermano
correr y ulular hacía 40
mientras tres nubes de polvo
de tanta tierra subían.
¿Mi madre? Serena, dulce,
se apantallaba en la umbría
habitación de la casa. 45
¿Mi padre? Ah... «Buenos días».
«Avisen si llega Arsenio;
ya tuvo la vaca cría
y hay que limpiar el corral,
dejar las bateas listas». 50

Montando un viejo caballo
paseaba y tarde volvía.
Al regresar sólo el perro
su cola alegre movía.
Mi madre, el rosal, la casa... 55
¡Aquella tan blanca dicha! [59]

Romances de Fantasía

[60] [61]

La casa

Le va tapiando y dejando
sorda a la casa la hiedra.
Se esconden bajo su alero
ratones y comadrejas.
Tañendo las dos campanas 5
ya llaman desde la iglesia
a todos sus moradores
que son fantasmas en pena.
El viento norte alborota
el rococó de una pieza. 10
En ella quedose larga
y despeinada la hierba.
La casa sí que ha sabido
de fértiles parraleras.
De sus racimos volaban 15
al norte y sur las abejas.
Ningún clavel, ni un gladiolo
hoy pueden con sus malezas.
Por la humedad del techado
el tiempo lento gotea. 20
Le cubren de apariciones
murciélagos y culebras.
Casona de los relámpagos,
un trueno llama a tu puerta. [62]

Poras

En el camposanto verde
reposa ya Casimiro.
Su cruz se herrumbra olvidada
en el paraje lampiño.
La muerte lo sorprendió 5
al desandar un camino
atormentado por poras
con su caballo hecho brincos.
Cuando una sombra robó

su damajuana de vino 10
trazó un rasguño en el aire
la punta de su cuchillo.
A un lado cayó la rosa.
Y al otro cayó el jacinto.
Una bandada de cuervos 15
cubrió una fosa de espinos.
Allí quedó su caballo
lanzando tres resoplidos.
Sin vida en aquel pasaje
hallaron a Casimiro 20
dos enlutadas mujeres
que desviaron destino
del lodazal de las mulas
por más ligero camino.
A medianoche es oída 25
su queja en el triste sitio
y aquel lamento es llevado
por cuenta de un viento frío. [63]

Las tres mujeres de luto
Bajaban con luto entero,
de cuervos por Dios malditos,
Petrona, Laura y Ofelia
hasta los húmedos nichos
donde dormían del lado 5
de Satanás sus maridos.
Con cuánto empeño arrancaban
los yuyos allí crecidos
sin visitar a las almas
de los jardines vecinos. 10
El pueblo las enjuiciaba.
Que no tenían juicio,
que hablar de ellas, no, doña,
pues se cuajaba el buen vino.
Cruzándose con la lluvia, 15
lavándose con el frío,
las tres enlutadas iban
metidas en diez vestidos
hasta los huertos en ruinas
del camposanto que cito. 20
Los perros de ánimo alerta
olían sus cuerpos fríos
y los borrachos al verlas
brindaban con doble tinto.
¡Su duelo es mi larga pena 25

que se hace un pequeño ovillo! [64]

Romance del pombero

Entre las sombras crujientes
de nísperos y gomeros
deambula, corre furtivo,
su majestad, el pombero.

No hay santos que lo rediman, 5
ni cruz que le dé sosiego.

El trasgo está enamorado
de Cándida Montenegro.

Ella es mozuela morena
con ojos que miran negros 10
donde se empaña la luna
y encuentran luz los espejos.

Quien la miró y no la amara
no era cristiano del pueblo.

Al verla todos los santos, 15
y San Antonio, el primero,
piropos con sal le dicen,
volviéndose zalameros.

Qué pena, qué soledad
le roba el alma al pombero. 20

Si por amor se volviera
señor, también caballero.

Cuando la luna está roja
él llega hasta el cementerio;
reniega allí de su sino. 25

Mejor estaría muerto.

Con cruz de hierro golpea
catorce veces su pecho.

Las rosas le son esquivas, [65]
y toda la flor del huerto. 30

A media noche lamenta,
girando sobre el pescuezo,
su suerte con las estrellas,
con los distantes luceros
que ya querría obsequiar 35
a Cándida Montenegro.

A sus aullidos se juntan
ladridos de oscuros perros.

Los perros comen la carne.
Él sólo lame los huesos. 40

La niña de su querer,
que huele siempre a romero,
¿por qué de su sombra corre

con susto de benteveo?
La niña de su querer, 45
que lleva cinta en el pelo,
será de un santo varón,
de un señorito del pueblo.
¡Cómo son negras sus noches,
cómo le quemán los celos! 50
Redonda y roja la luna
reluce en el cementerio. [66]

La casa de los Navarro
Construida en Villeta
en el siglo pasado.
La casa de los Navarro
proyecta sombra de torre.
La custodian noche y día
dos hieráticos leones.
Comentan los lugareños 5
que bajo un zócalo hay cofres
donde sumaron un siglo
la plata, el oro y el bronce.
Enclavada entre silbidos
del viento sur y del norte 10
aúlla la vieja casa
cuando le cubre la noche.
Ayer las mozas jugaban
en sus largos corredores.
Hoy esas niñas difuntas 15
suspiran tras sus barrotes.
El pora cuando atardece
registra sus picaportes
encerrándose medroso
detrás de puertas de roble 20
y ventanas sin cortinas
que giran sobre sus goznes.
Lunita, niña de quince,
que corres de monte en monte
¡no pases por esa casa 25
si llega la media noche! [67]

El fantasma de María
Levanta el espectro a veces
sus largos dedos e indica
el sitio donde cayó
perdiendo allí su mantilla.

Fantasma de mala suerte 5
es hoy la bella María.
En vida fue alegre moza
que roja pana vestía.
Sus ojos, cual dos cuchillos,
a quien miraban vencían, 10
y lágrimas de luceros
brillaban en sus mejillas.
Fue un diecisiete de octubre
de un año que nadie olvida
cuando ocurrió la tragedia 15
que despertó a aquella villa.
Sus dos amantes armados
por celos se prometían
tras enfrentarse con naipes
volverse a ver en la esquina 20
para arrojar seis disparos
que deje al otro sin vida,
Por un farol alumbrada,
rozándose con ortigas,
la dama se adelantaba, 25
la dama marchaba a prisa
para impedir el encuentro [68]
de aquella noche maldita.
Los dos cayeron bien muertos.
Sus muertes nunca se explica. 30
También cayó con los hombres
la casquivana María.
Corriendo el febril espectro,
del callejón a la esquina,
ya va y también ya retorna; 35
sus huesos, mientras, tiritan.
Es el apremio, el apuro
de quien ha marcado cita
con Sixto Lugo a las once
y a medianoche con Rivas. 40
La muerte no ha corregido
la veleidad de María.
Ni encuentra reposo el sauce
que sopla sobre su cripta. [69]

Cuarenta y un crucifijos
Dos rechinantes portones
del camposanto tendido
al pie de blancas estolas
abren el paso al gentío

que avanza tras el cajón 5
en el que va el fallecido
que con su soga se ahorcara
cumpliendo lo prometido.
¡Quién lo pudiera creer!
Estaba siempre tan vivo 10
corriendo tras las mozuelas
por puentes y por baldíos.
Frente al panteón de los Fracchi,
y en medio de cuatro nichos,
colocarán su ataúd, 15
valiéndose de unos picos.
«Que casi entró; que no cabe;
con suerte habría cabido»,
dirán los sepultureros,
sudando un día domingo. 20
De algún jazmín que rezuma,
lavándose, tres rocíos,
con llaves vendrán a abrirlo,
las aves de negro pico.
Ya pasarán estaciones, 25
darán su flor los espinos
cambiando de aroma al viento
que pasa por el recinto.
En una loma ubicado, [70]
el camposanto alza un pino 30
a cuyas plantas se cuentan
cuarenta y un crucifijos.
Si al cementerio yo voy,
ante su cruz me santiguo;
recorro en largo silencio 35
sus recovecos perdidos,
sin despertar a los muertos,
más que difuntos, dormidos. [71]

Otros

[72] [73]

El compromiso

Nos íbamos a casar.

Teníamos los anillos,

la fecha en abril fijada,

y, por supuesto, padrinos.

Junto al aljibe del patio 5

amantes en marzo fuimos.

Jazmines con luna llena

entonces fueron testigos.

Conversamos con el cura
debajo de un crucifijo 10
brindando por nuestra boda
con copas llenas de vino.
«Señor cura, nos queremos;
sin casa, ni árbol de pino,
nos casaremos, al alba, 15
dentro de cuatro domingos».
¡Cómo cambia el corazón
del bermejo al amarillo!
Él guiñó el ojo a mi hermana.
Y yo a su mejor amigo. 20
Del limonero a la fuente
rodando fue el compromiso.
Al darnos el beso último
debajo del eucalipto
quedose fría la tarde [74] 25
de aquel callado domingo.
La plaza extendía sombra
y daba el reloj las cinco.
Le devolví las alhajas,
guardando para el olvido, 30
sus cartas mejor escritas
y su pañuelo de lino.
No he de volver nunca el paso
ni el rostro hacia su silbido.
En el manzano del huerto 35
ya dio su flor el capricho.
La luna azul se dibuja
en tanto cielo aterido.
Tirita buscando a ratos
balcón que le dé cobijo. 40
Nos íbamos a casar
al pie de un pálido cirio,
yo de novicia de pueblo,
él de uniforme marino.
El viento a ratos sacude 45
el hierro ya carcomido
de las campanas que suenan
con largo y triste tañido.
La boda se deshojó.
Doble traición cometimos. 50
Él guiñó el ojo a mi hermana.
Y yo a su mejor amigo. [75]

Montando negros caballos
bajaban hombres del monte
anticipándose al paso
de los jinetes del norte
que parejitos llevaban 5
el viento con el galope.
Los rostros de los jazmines
tienen huellas de otras flores:
las de las blancas muchachas
cuyos párpados cual cofres 10
pesadamente se cierran
después de la medianoche.
Un potro de negra estampa,
un liberal, un revólver,
y un pañuelo azul al viento 15
subían al horizonte.
Ramón, el caudillo tuerto,
a gritos daba la orden:
«A la izquierda, a la derecha,
vayamos ahora al trote». 20
Ya las muchachas corrían
alegres a sus balcones
para guardar al instante
un beso con luz de flores
o un saludo vuelto pájaro 25
de aquellos quince varones.
(El saludo en las mejillas.
Los besos en los escotes).
«Se acercan los liberales», [76]
gritó el comisario Onofre 30
cerrando entonces la puerta
del pueblo con un gran golpe.
Mas los rebeldes ya estaban
apeándose bravucones.
Después de cincuenta años 35
se escuchan aún los trotes
de esos caballos y el viento
baja un relincho del monte. [77]

Villeta

Sus pájaros emigraron
hacia un ocaso bruñido
en busca, acaso, del árbol
que les brinde verde abrigo.
Pero Villeta está quieta 5
como una rueca en un siglo;

no se han mudado sus casas
de corredores umbríos.
Y la iglesia sigue intacta.
Y hasta quien fue el monaguillo 10
será proclamado santo
por gracia de algún obispo.
No, señor, nada ha cambiado.
Ni la niña que un domingo
va a consultar, vanidosa, 15
con el espejo del río.
Ni la dama de peinetas
que agitando su abanico
convierte tanto calor
en un cadencioso frío. 20
Villeta está como siempre.
Ni un sauce más. Ni otro pino.
Ni otro cielo que varíe
la marca de su destino. [78]

Todos iban a rezar
Iban a misa las viejas
que de chimentos sabían
así como de misterios
que los rosarios tenían.
¡Ah... el prolongado ritual 5
que acalabraba rodillas!
Negro abanico agitando
llegaba doña Paulina
hasta los bancos de cedro
y en ellos languidecía 10
igual a muchos cristianos
que de sopor se morían;
la dama diciendo amén,
a coro, al fin, revivía.
Y no faltaba el demonio 15
de coloradas mejillas;
entre la chusma escondido
se santiguaba y partía
dejando en el templo santo
la amarillenta saliva 20
con que alcanzaba los rostros
de Jesucristo y María.
El cura ponía empeño,
y su latín, cuesta arriba,
a algunos desperezaba, 25
y a otros sólo dormía.

Mejor latín habla el diablo
en lengua de las arpías.
de las ancianas babosas, [79]
que mientras oyen la misa, 30
también murmuran pecados
y faltas de sus vecinas.
Los fieles de aquella iglesia,
con lámparas encendidas,
hoy bajan al mismo infierno 35
formando una larga fila. [80]

Don Fidelino Maíz
Don Fidelino Maíz,
jinete de la alquería,
de su caballo se apeó
para morir en su día.
Aún estaba reciente 5
en sus vidriosas pupilas
el brillo de aquel cuchillo
con que llegó el homicida
hasta su cama de hierro
donde buen sueño dormía. 10
Y fue el entierro a las cuatro.
Copiosa lluvia caía
sobre el cortejo ruidoso
que ya no tuvo cabida
en el camino de tierra 15
y sobre piedras subía.
Ah... los susurros de siempre
que alegran la comitiva:
-Adúltera Amalia Fuentes,
besándose en una esquina 20
con don Francisco Ortellado,
esposo de doña Elvira-.
-¿Y sus guineas Juliana?-.
-Mejores son mis gallinas;
docena de huevos ponen 25
con sólo comer hormigas-.
-Si es que se apura el cortejo
llegamos ya a la otra esquina-. [81]
Preocupación de otra índole
a los demás afligía. 30
-¿Cristiano fue Fidelino?
-Pues nadie lo vio en las misas
y en cada almacén del pueblo
deudas por caña tenía-.

Atormentaba al difunto 35
que crisantemos lucía
no conocer por lo menos
a su puntual homicida.
¿Acaso Eladio Vallejos,
a quien dinero debía, 40
o Rómulo, su cuñado,
quien le tomó antipatía?
Ajenos a aquellas dudas,
dos hombres ya lo metían
en metro y medio de fosa 45
que su caballo medía.
Desde las ramas de un pino
volaron tres golondrinas.
La lluvia escampó en el acto.
Fue aquel un hermoso día. 50 [82]

Mal tiempo

Como una chispa se enciende
el viento en los matorrales
llevando el polvo que cubre
el rostro de los rosales.
Enormes nubes y un rayo 5
se ciernen sobre el paisaje
del río que serpentea
bajando camalotales.
Un cacareo infernal
proviene de un carruaje; 10
es Gracia Aquino que baja
un gallo como equipaje
y se guarece en su rancho
de dos pequeños portales.
Un poco más y el mal tiempo 15
la alcanza en pleno viaje.
Los remolinos del viento
no dejan voz en el aire.
«¿Qué dijo usted, doña Clara?»
ya grita haciendo ademanes 20
una mujer que corriendo
dos veces cruza la calle
detrás de un perro pequeño
que se perdió de su madre
«Hay que trancar las ventanas» 25
ordena desde su catre
una matrona robusta
con el talante del mate:

ya frío, ya muy caliente, [83]
servido por su comadre. 30
El viento apresura el vuelo
de una bandada de aves
que cruza el cielo estampando
blancor en negro paisaje.
Un rayo cae a lo lejos. 35
El trueno suena más tarde.
La lluvia moja los pinos
y corre tras el follaje.
¿Levantará los rebozos
de los enormes frutales? 40
«Que cierren pronto la puerta»,
ordena Plácido Iraldes
buscando en ambos bolsillos,
sin encontrar, una llave.
De tanto en tanto suceden 45
las cosas que otros no saben:
un alhelí es arrastrado
por el raudal de la calle,
y luego sube a una hoja
por si llegara a alcanzarle 50
la rosa que presurosa
intenta ya adelantarle.
La lluvia oscurece el día.
Al alma se le hace tarde.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

